

Pascal Blanchard e Isabelle Veyrat-Masson (dir.). *Les guerres de mémoires. La France et son histoire. Enjeux politiques, controverses historiques, stratégies médiáticas*. Préface de Benjamin Stora. Paris: La Découverte, 2010 (1ª ed. 2008). 335 pags.

Esta obra colectiva ofrece una síntesis de las denominadas *guerres de mémoires* en Francia. Sus informaciones, reflexiones y bibliografía (Anne Sirand, coord., “Bibliographie”, pp. 299-324) constituyen un completo estado de la cuestión sobre unos debates que, en las dos últimas décadas, están muy presentes en el debate político, social e historiográfico francés. En ella participan un total de veinticinco investigadores que se cuentan entre los principales especialistas en la materia y que, como corresponde a una temática que afecta al conjunto de la sociedad francesa, a la actuación de los poderes públicos y a la memoria, no son sólo historiadores sino también sociólogos, politólogos y antropólogos. Todos ellos destacan la necesidad de mantener una relación privilegiada entre la historia y la memoria. Advierten de los peligros que acechan a esta relación – fragmentación, instrumentalización y judicialización del pasado, omnipresencia de las víctimas e injerencia del presente –, pero también encuentran aspectos positivos – se pone fin a largos silencios y crece el interés por la historia –, y confían en que historia y memoria, con sus fronteras epistemológicas bien diferenciadas, se influyan mutuamente y contribuyan a la construcción de un relato histórico legítimo que, aunque no exento de controversias, integre memorias hasta ahora marginadas.

El libro está estructurado en dos partes, los “territorios” – Revolución francesa, affaire Dreyfus, Gran Guerra, Ocupación, Shoah, comunismo, inmigración, esclavitud, colonización y guerra de Argelia – y las “armas” – manuales, monumentos, museos, cine, universidad, ley, televisión e Internet – de este combate por la memoria histórica de Francia. Entre los territorios, no podían faltar las cuestiones clásicas: la Revolución Francesa (Jean El Gammal, “La Révolution française: mémoire et controverses”, pp. 63-70), el affaire Dreyfus (Vincent Duclert, “L’affaire Dreyfus: de l’affrontement des mémoires à la reconnaissance de l’histoire”, pp. 71-82) y el comunismo (Bernard Pudal, “Le communisme français: mémoires défaites et mémoires victorieuses depuis 1989”, pp. 117-127), cuya historiografía se ha visto impulsada por el enfrentamiento entre quienes interpretan el comunismo como un fenómeno esencialmente criminal y quienes mantienen una visión plural del mismo. Sin embargo, en la actualidad, a la sociedad francesa le interesan otras cuestiones memoriales. En primer lugar, la memoria de la Gran Guerra que, pese a lo que en un principio pudiera parecer, no suscita una completa unanimidad. Por el contrario, dicha memoria contiene una serie de aspectos conflictivos en estrecha conexión con algunas de las cuestiones que explican la presencia de los actuales debates memoriales: las matanzas de armenios por los turcos (1915), en relación con el genocidio; los fusilamientos de los amotinados en 1917, que cobran interés por la sustitución de los héroes tradicionales por otros políticamente correctos; y el trato recibido por las tropas coloniales, con respecto a los debates sobre el neocolonialismo y la situación de los “sin papeles” (Annette Becker, “La Grande Guerre en 1998: entre polémiques politiques et mémoires de la tragédie”, pp. 83-93).

Más evidentes son las fracturas que causó la Segunda Guerra Mundial, tal y como muestra la memoria “en movimiento” de los *années sombres*. De la Francia

resistente, el colaboracionismo como imposición alemana y la alergia francesa al fascismo – ideas difundidas por el *gaullisme* y el comunismo, y acreditada por los historiadores del “consenso” – se pasó, en los años setenta, a la consideración de la Resistencia como un fenómeno minoritario, la interpretación de Vichy como régimen del estado francés y la centralidad de la Shoah dentro de la deportación (Olivier Wieviorka, “Francisque ou Croix de Lorraine: les années sombres entre histoire, memoire et mythologie”, pp. 94-106). La Shoah se institucionalizó y se convirtió en el paradigma de todas las memorias dolorosas (Annette Wieviorka, “Shoah: les étapes de la mémoire en France”, pp. 107-116), las cuales emergerán, a partir de los años noventa, en relación con los debates sobre la trata negrera, la esclavitud y la colonización. Estas cuestiones habían sido objeto de una política de olvido consciente –se quería cerrar una página dolorosa del pasado, prevenir enfrentamientos con las antiguas colonias y mantener el mito de la misión civilizadora de Francia- hasta su reciente recuperación de la mano de asociaciones militantes –representantes de antillanos e inmigrantes que se reafirman como descendientes de los esclavos- quienes exigen una mirada diferente sobre el pasado y el reconocimiento de los “crímenes” cometidos por Francia y, en ocasiones, se enfrentan por la herencia de un pasado extremadamente conflictivo, como es el caso de la memoria de la guerra de Argelia y, en especial, de la práctica de la tortura. Con el decisivo apoyo de los media, estas cuestiones salieron del círculo de especialistas y personas concernidas y llegaron con fuerza al espacio público conformando la base de la actual confrontación memorial (Nicolas Bancel y Pascal Blanchard, “La colonisation: du débat sur la guerre d’Algérie au discours de Dakar”, pp. 137-154; y Françoise Vergès, “Esclavage colonial: quelles mémoires? Quels héritages”, pp. 155-164).

¿Cómo explicar la omnipresencia de estas cuestiones en las dos últimas décadas? Las explicaciones se deben buscar en los profundos cambios experimentados por la sociedad francesa. Las nuevas generaciones que no habían conocido los conflictos originales se han mostrado menos indulgentes con la actuación de sus mayores, actitud que ha favorecido la difusión de un deseo de saber al que responden con avidez los medios de comunicación y los propios historiadores. Pero, sobre todo, el tema que subyace en las cuestiones memoriales es la profunda transformación experimentada por la composición de la población francesa. Los hijos de la inmigración representan en la actualidad un porcentaje importante de la misma, pero no se encuentran representados en la historia nacional y cuestionan la tradicional identidad de Francia (Ahmed Boubeker, “L’immigration: enjeux d’histoire et de mémoire à l’aube du XXI^e siècle”, pp. 165-174). Tienen su propia memoria que, marginada, se identifica con la miseria social y económica que a muchos de ellos les toca vivir. La *Appel des Indigènes de la République* (enero, 2005) es, en este sentido, emblemática al atribuir la condición legítima de víctimas a los antiguos colonizados y a sus descendientes en Francia (Esther Benbassa, “À qui sert la guerre des mémoires”, pp. 252-261).

La segunda parte de esta obra se consagra a las “armas” de las *guerres de mémoires*. Las hay clásicas, aunque atienden a problemas actuales. A la altura de principios del siglo XXI, los manuales escolares – instrumentos de mediación por excelencia entre una cultura académica y científica y los docentes y sus alumnos – deben adaptarse a un variado alumnado que refleja la diversidad social francesa y tienen que evitar el peligro de favorecer una mera yuxtaposición de historias particulares (Benoît Falaize y Françoise Lantheaume, “Entre pacification et reconnaissance: les manuels scolaires et la concurrence des mémoires”, pp. 177-186). Los conflictos

memoriales han provocado una suerte de “guerra” de manuales que forma parte de un conflicto mayor sobre qué contenido de historia enseñar a los alumnos en la escuela pública, la cual, desde sus orígenes, ha vivido numerosos conflictos en pos de la laicidad y para determinar el contenido de sus enseñanzas – moral, instrucción pública e historia nacional (Gilles Candar, “Une histoire conflictuelle: l’histoire de France entre deux rives”, pp. 53-62). Por su parte, los monumentos siguen colaborando en la configuración de un dispositivo más amplio destinado a construir una tradición, una memoria y una identidad comunes en el marco de las formaciones nacionales (Catherine Brice, “Monuments: pacificateurs ou agitateurs de mémoire”, pp. 199-208); mientras que los museos, dependientes de un proyecto de conmemoración que está en el origen de su creación y que justifica su continuación, son contemplados como su reconocimiento oficial por quienes reivindican una memoria herida (Dominique Poulot, “Musées et guerres de mémoires: pédagogie et frustration mémorielle”, pp. 230-240).

Respecto al ámbito universitario, se destaca la paradoja de que, mientras por un lado los historiadores miran a la memoria con desconfianza, por otro, las cuestiones memoriales están cada día más presentes en el campo de la enseñanza y de la investigación y han favorecido de manera muy notable el interés social por la historia (Gilles Boëtsch, “L’université et la recherche face aux enjeux de mémoire: le temps des mutations”, pp. 187-198). Los historiadores marcaron en el pasado la evolución de las memorias. El *écrit-événement* mostró realidades hasta entonces ignoradas u ocultadas, modificando la mirada sobre el pasado: *L’Archipel du Goulag*, de Alexandre Soljenitsyne, supuso el reconocimiento de los campos de concentración soviéticos; *La France de Vichy, 1940-1944*, de Robert O. Paxton, mostró la autonomía de Vichy frente a la Alemania nazi; *Le syndrome de Vichy*, de Henry Rousso, describió la evolución del recuerdo de Vichy; *Déportation et génocide, entre la mémoire et l’oubli*, de Annette Wieviorka, favoreció la centralidad de la memoria de la Shoah; y *La Gangrène et l’Oubli*, de Benjamin Stora, puso fin a la amnesia de la guerra de Argelia en la sociedad francesa (Enzo Traverso, “L’écrit-événement: l’historiographie comme champ de bataille politique”, pp. 220-229). Sin embargo, aunque la escritura sigue siendo un lugar privilegiado de los conflictos memoriales, hoy ha sido destronada de su posición dominante. En un mundo donde la cultura de la imagen tiende a reemplazar a la del escrito, un debate televisado o una película tienen un mayor impacto que un libro o un ensayo. El gran poder de la imagen convirtió a la televisión, en el pasado – pensemos, por ejemplo, en la serie *Holocausto* y la emergencia de la Shoah-, y al cine, en la actualidad –*Hors la loi* (Rachid Bouchareb, 2010) mantiene la polémica entorno a la guerra de Argelia-, en instrumentos decisivos en la modificación de la percepción del pasado (Isabelle Veyrat-Masson, “Les guerres de mémoires à la télévision: du dévoilement à l’accompagnement”, pp. 273-286; y Benjamin Stora, “La guerre d’Algérie: la mémoire par le cinéma”, pp. 262-272). Pero es en nuestro presente internet quien se ha convertido en el “arma” decisiva. Sin fronteras y libre de los protocolos clásicos de control político o científico de los contenidos, internet es un modo de difusión que favorece la expresión de las minorías. Las memorias disidentes o relegadas encuentran en la red un espacio de expresión que raramente les es concedido por las instituciones memoriales y los medios de difusión tradicionales. Internet se configura como el principal medio de expresión y difusión de las cuestiones memoriales. Pero no es sencillo lidiar con la red. En ella aparecen miles de memorias y cada cual puede exponer su mirada sobre el pasado e intervenir en la construcción del saber, convirtiendo a las cuestiones memoriales en el “règne de l’instantané” (Pascal Blanchard e Isabelle Veyrat-Masson, “Introduction. Les guerres de mémoires: un objet

d'étude, au carrefour de l'histoire et des processus de médiatisation", p. 18). Ello obliga a una actualización constante que va a modificar irremediablemente el modo tradicional de trabajar de los investigadores sociales. Hay que precisar también los criterios de su efectiva difusión – número de entradas, popularidad de los blog y posición de la página web en el listado de resultados de los buscadores – y atender a las frecuentes “guerras” de edición como las que se han producido a la hora de fijar algunos de los artículos de Wikipedia (Louise Merzeau, “Guerres de mémoires *on line*: un nouvel enjeu stratégique?”, pp. 287-298).

Otro aspecto fundamental en el desarrollo de las cuestiones memoriales es la intervención de las autoridades públicas. Desde su creación, la República francesa ha desarrollado su propia política sobre la memoria, una política que, hasta fechas recientes, no daba cabida a muchas de las actuales cuestiones memoriales. A Francia le era difícil asumir que había incumplido principios básicos. Pero el *devoir de mémoire* se impuso. Una sociedad desarrollada como la francesa debía responder con gestos de arrepentimiento ante quienes denunciaban al Estado francés por los sufrimientos pasados. De este *devoir de mémoire* surgió la necesidad de saldar la deuda contraída con la memoria, y en esta dirección el Estado orientó los manuales, dirigió su política patrimonial y museística, fijó su discurso público, etc., todo ello en aras de mantener el consenso de su memoria oficial. Todas estas cuestiones están muy presentes a lo largo de esta obra, en especial las polémicas leyes memoriales, las cuales, por imperativo legal, han impuesto el punto de vista del Parlamento sobre determinados acontecimientos históricos: la Shoah (Ley Gayssot, 1990), el genocidio armenio (Ley 29 enero 2011), la trata negrera y la esclavitud trasatlántica y en el Océano Índico (Ley Taubira, 2011) y la contribución nacional de los repatriados (Ley 23 febrero 2005). Los historiadores consideran que esta legislación coacciona su trabajo profesional y se han organizado colectivamente para su defensa – *Comité de vigilance face aux usages publics de l'histoire* y asociación *Liberté pour l'Histoire* –, si bien su respuesta no ha sido unánime. Mientras hay quien considera que, siempre que dichas leyes no condicionen el trabajo del historiador, es legítima la intromisión de la sociedad y el Parlamento –es la opinión del CVUPH–, otros estiman que se trata de un campo exclusivo de los historiadores en el que no cabe injerencia alguna – así se manifiesta la asociación LPH- (Gilles Manceron, “La loi: régulateur ou acteur des guerres de mémoires”, pp. 241-251).

Todos estos temas han cobrado más actualidad si cabe con la actual presidencia de Nicolás Sarkozy (2007), quien está desarrollando una política de la memoria hiperactiva – discursos, memoriales, conmemoraciones y propuestas como la lectura en los liceos de la última carta de Guy Môquet y que cada alumno de CM2 fuera portador de la memoria de un niño judío deportado. Los autores de esta obra observan la puesta en marcha por el ejecutivo francés de una política memorial de carácter conservador que pretende instrumentalizar la historia. Así sucede con la interpretación de Mayo del 68 como el punto de partida de los males presentes de la República – falta de autoridad y desprestigio de la identidad nacional. Las conmemoraciones del cuarenta aniversario de Mayo del 68 – cuya memoria venía silenciando a los obreros en beneficio de los estudiantes y marginando recorridos atípicos, fracasos y acontecimientos regionales – fueron aprovechadas por Sarkozy para ajustar cuentas con este pasado (Philippe Artières y Michelle Zancarini-Fournel, “De Mai, souviens-toi de ce qu'il te plaît: mémoire des années 68”, pp. 128-136). Pero, sobre todo, las mayores controversias se han originado por la actuación del poder público en relación con la memoria de la

esclavitud y la colonización. En estrecha relación con las polémicas sobre la inmigración – ejemplificadas en la controvertida creación de la *Cité nationale de l'histoire de l'immigration* (2007) –, el gobierno Sarkozy pretende fijar una memoria oficial que, reconociendo los crímenes más evidentes de la colonización francesa, salve su labor civilizadora (Discurso de Dakar, 26 de julio de 2007). Este debate, como tantos otros sobre las cuestiones memoriales, continúa más allá de la publicación de esta obra y confluye en el proyecto de la *Maison de l'Histoire*, anunciado el 13 de enero de 2009, proyecto que tendrá como objetivo reforzar la identidad cultural de Francia. Sin embargo, esta propuesta cuenta ya con el rechazo de los historiadores, quienes ven en ella un nuevo intento de colocar la enseñanza de la historia al servicio del Estado.

Aunque esta obra cuenta con escasas referencias a otras cuestiones memoriales que no están relacionadas con Francia (Benjamin Stora, “Un processus mondialisé”, pp. 10-11), sí está presente la idea de que, en la actualidad, la memoria abandona esquemas nacionales, cada vez menos operantes, y penetra en otros internacionales, proceso que se ha visto favorecido por la globalización. La Unión Europea interviene en cuestiones memoriales – aprobación por el Consejo de ministros, para todos los genocidios, crímenes contra la humanidad y crímenes de guerra de carácter racista, de un delito de banalización flagrante (2007) y resolución del Parlamento europeo sobre la conciencia europea y el totalitarismo (2009) – y las memorias se convierten progresivamente en un movimiento planetario. No podía ser de otro modo. El tiempo de los muertos “*pour*” Francia se cerraba sobre la idea de nación. En cambio, ahora, el de los muertos “*à cause*” de Francia se abre al mundo. Las memorias adquieren un carácter mundial (Serge Barcellini, “L'État républicain, acteur de mémoire: des morts *pour* la France aux morts *à cause* de la France”, pp. 209-219).

En *Les guerres de mémoires* se concluye que el papel del historiador debe ser objeto de reflexión. Pese a los riesgos de manipulación y las complicaciones que comporta la participación en los debates públicos, el historiador debe ser sensible a las controversias que atraviesan a la sociedad francesa y contribuir al esclarecimiento de las cuestiones memoriales a través de sus obras, tribunas en la prensa, entrevistas e intervenciones en la radio, la televisión, el cine e internet. Con el apoyo de una fuente de gran valor como la memoria, el historiador debe realizar una revisión crítica de la historia nacional que dé cabida a todos los relatos hasta ahora marginados y logre así una historia global que se corresponda con la compleja identidad nacional francesa.

Roberto Ceamanos Llorens
robercea@unizar.es
Universidad de Zaragoza (España)

Fecha de recepción: 7 de abril de 2011

Fecha de aceptación: 21 de abril de 2011

Publicado: 15 de junio

Para citar: Roberto Ceamanos Llorens, “Pascal Blanchard e Isabelle Veyrat-Masson (dir.). *Les guerres de mémoires. La France et son histoire. Enjeux politiques, controverses historiques, stratégies médiatiques*. Préface de Benjamin Stora. Paris: La Découverte, 2010 (1ª ed. 2008). 335 pags”, *Historiografías*, 1 (primavera, 2011): pp. 136-140,
<http://www.unizar.es/historiografias/historiografias/numeros/1/r6.pdf>